

REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.

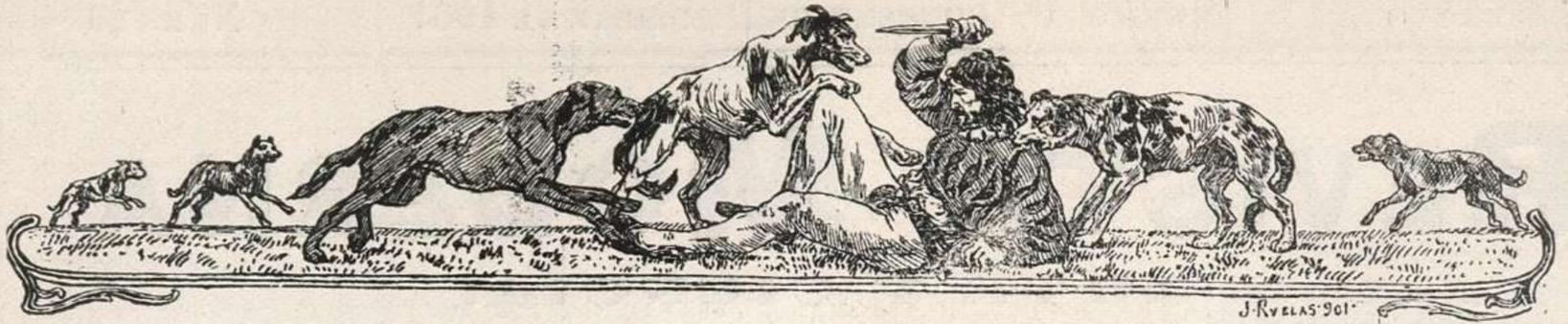
DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

JEFE DE REDACCION: JESUS URUETA.

Tip. de Dublán.



PROFETAS DE MIGUEL ANGEL.—CAPILLA SIXTINA.—ROMA,



ARENKA

DEL

SR. LIC. JESUS URUETA,

PRONUNCIADA EN CHAPULTEPEC CON MOTIVO DE LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS
Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.



OS alumnos de este plantel—que es un hogar común, consciente de su unidad, de sus tradiciones y de sus ideales, como deben ser todas las escuelas de educación nacional—van á recibir la recompensa de sus méritos de la mano augusta del Jefe del Estado, mano que siempre es dura para el delito y siempre es blanda para la virtud; y este acto, señores, es una fiesta de la Patria, y tiene, por lo tanto, una significación moral de magna trascendencia.

Las palabras que aquí se pronuncien deben ser nobles y juramentales, todas de verdad y de amor, pues nos las inspiran los muertos y van dirigidas á los que empiezan á vivir. Las voces que brotan de las grietas de este peñasco glorioso, como de inúmeras bocas, son voces de amigos, de camaradas, de hermanos, que nos incitan al cumplimiento del deber y á las luchas del honor; son voces que avalora el ejemplo y que hace proféticas el sacrificio; son voces que tienen una fuerza incalculable y una repercusión infinita; son voces elocuentes, persuasivas, contagiosas, tiránicas, que todos, hasta los más sordos, escuchan, porque desde la Muerte se habla mejor á la vida, porque desde *el más allá* se proclaman siempre las leyes del mundo, porque los que mueren por una idea la consagran, porque los que mueren por una patria la fecundan, porque los que mueren por la humanidad la redimen, y porque ante la belleza fascinante del heroísmo se disipa la duda, y los augures del desconsuelo, los blasfemos y los frívolos, enmudecen ante el divino Ideal, rojo y voraz como una pira que con la combustión de los dolores produce la espiral de incienso de la esperanza humana!

Pero la muerte es un acto de la vida; el valor de morir es tan sólo una forma del valor de vivir. Y la vida no es cosa fácil, oh, no! ni para el desheredado ni para el rico, ni para el obrero ni para el sabio, ni para el débil de espíritu ni para el poderoso de mando. La vida alta, la vida inteligente y cordial, la única que merece ser vivida, es hoy muy difícil y será más difícil mañana. Toda elaboración de ideas, de virtudes y de bellezas, trae consigo graves responsabilidades. La libertad, que es el fin humano de todo progreso, no se obtiene por donaciones gratuitas, sino por tenaces conquistas. El fardo de civilización que lleva en las espaldas el hombre libre, es más pesado, mucho más pesado que el del esclavo. La libertad es peligrosa, como es peligrosa la riqueza: el mal uso de ésta conduce al despilfarro y á la miseria; el mal uso de aquella conduce á la anarquía y al despotismo. Hoy todo se complica, los oficios y los deberes. Cuántos conflictos de intereses y de pasiones se entrecrocán y fulguran en la vertiginosa historia de las democracias contemporáneas! La lucha va creciendo, creciendo... cada vez es más intensa, cada vez es más amplia, llena de clamores el mundo, estalla en el himno de fierro de las fábricas y canta en el himno de oro de la poesía!

Un pensador ruso ha demostrado que las sociedades mueren por el espíritu conservador, es decir, por la ausencia de la lucha. Cita el caso de Selim III, que fué destronado porque quiso imponer el fusil y la bayoneta á los Turcos. Estos se obstinaron en combatir con el *yagatán de sus padres*. Naturalmente, fueron despedazados en la guerra. ¿Cuál es hoy el gobierno que tendría la demencia de vacilar un instante en la adopción de armas más perfectas que las antiguas? Ahora bien: el cambio rápido de armamento supone dinero; el dinero supone producción; la producción supone buenas instituciones políticas y religiosas, y para tener buenas instituciones políticas y religiosas es preciso mejorarlas constantemente. En consecuencia, los pueblos fuertes son los pueblos liberales, los pueblos débiles son los pueblos conservadores. Una estrecha solidaridad liga todas las actividades humanas. Hoy los gobiernos más

retrógrados comprenden que el choque de dos ejércitos en el campo de batalla, se reduce, en último análisis, al choque de dos inteligencias. Debemos, pues, abandonar *el yagatán de nuestros padres*.

Yo respeto profundamente el pasado que baña y nutre con su savia las raíces de nuestra vida: he aprendido en la historia que la verdadera justicia es la indulgencia—es tan fácil errar! es tan difícil ser buenos!—pero también la historia me ha enseñado que la ley del mundo es la transformación perenne de las cosas, que las montañas durísimas son desagregadas por las revoluciones atmosféricas, que los imperios despóticos son desagregados por las revoluciones sociales, que la duda aspira á la fe, que el error aspira á la verdad, que el vicio aspira á la virtud, que el trabajo es insomne como el mar, como el amor y como Dios; y esta ley la he visto adivinada por uno de esos genios del arte que concretan en una imagen de perfecta belleza las concepciones que después encerrará la ciencia en áridas fórmulas, Miguel Angel, al pintar en la capilla Sixtina la Creación del hombre por un Dios que pasa sobre la tierra, rauda y gigantesco como el Viento del Génesis, rodeado de espíritus celestes que son las almas futuras con que luego poblará el mundo, que da la vida á Adán con el solo contacto de su dedo omnipotente; y en el gesto enorme del primer hombre al recibir la chispa divina como una descarga de dolor, está expresado, mejor que con un lamento, mejor que con un grito, todo el peso de la existencia, toda la fatiga del trabajo humano!

*
* :

Si se quiere educar á la juventud para el porvenir que la espera, se debe antes que todo y por encima de todo, fortalecer en ella la aptitud al trabajo, producir y cultivar la energía. El Gobierno, sabiendo que colamente sólidas virtudes pueden producir buenos ciudadanos, se propone sacar de aquí generaciones enérgicas. La Patria necesita de hijos vigorosos. El cuerpo es una abstracción de los positivistas, como el alma es una abstracción de los metafísicos. No se trata de formar titanes inconscientes ni sabios endebles, sino de aproximarse al tipo equilibrado y bello que lo mismo sabía arrojar el pesado disco en los estadios que cultivar las rosas de la filosofía en los jardines de Epicuro. La educación física es una educación eminentemente moral. Esta verdad la entendieron á maravilla los griegos y la entienden á maravilla los americanos del Norte. Los Estados Unidos gastaron, de 1830 á 1890, veintiocho millones quinientos mil pesos para hacer palestras y campos de juego (Dr. Sergent, citado por Mosso). De esta manera se explica que en los Juegos Olímpicos celebrados en Atenas el año de 1896, los estudiantes americanos triunfaran como corredores y como discóbolos, recibéndose en Nueva York este telegrama: «La Grecia ha vencido á la Europa, la América ha vencido al mundo.» Acaso se puede ser verdaderamente hombre cuando el obstáculo nos turba la mirada y cuando el peligro nos enloquece el corazón? Nuestra civilización debe envidiar los tiempos juveniles en que eran igualmente gloriosos los atletas y los filósofos, en que el nombre de Phayllus de Crotona valía tanto como el nombre de Platon de Atenas. ¿Qué hizo Platón? El libro de las Leyes, el libro de la República y el libro de los Diálogos. ¿Qué hizo Phayllus? Saltó cincuenta y cinco pies y lanzó el disco á noventa y cinco pasos.

Un rey de Nápoles, á quien su ministro proponía la adopción de colores nuevos para los uniformes de sus soldados, decía: «vestidlos de rojo, vestidlos de verde, huirán siempre. Lo que debéis enseñarles es á no huir.» Esto es lo que aquí se hace, esto es lo que debe hacerse en todas las escuelas, enseñar á la juventud á no huir, á marchar erguida, firme, entusiasta, en medio de las dificultades de la vida. El carácter de esta Escuela es esencialmente militar; su objeto es la formación de oficiales para el Ejército mexicano. Así lo comprende nuestro Ministro de la Guerra, que pone toda su voluntad, que es maciza, y toda su inteligencia, que es brillante, al servicio de los altos ideales de la patria, apoyado y secundado por el Presidente de la República. Sin suprimir los estudios científicos que actualmente son la base de toda instrucción racional, se han ensanchado considerablemente los estudios militares que forman el arte de la Guerra, para que de aquí salgan, no ingenieros civiles, sino oficiales técnicos de todas las armas, ilustrados y fuertes, que hayan estudiado bien en las cátedras, y que hayan practicado mucho en el cuartel anexo á la escuela y en las expediciones militares anuales. Estas expediciones serán serias, duras, ásperas, verdaderas expediciones de campaña. Los alumnos harán vida de soldados, los alumnos serán soldados.

El amor es la fuerza más enérgica del progreso humano; sin el amor todo es estéril. La juventud que se eduque en este plantel, amará la carrera militar por lo que tiene de dolorosa y por lo que tiene de gloriosa. Merece ser amada. La amaron, y mucho, los caudillos que sitian en este estrado, y que tienen los cuerpos cubiertos de cicatrices resplandecientes. Son vuestro ejemplo, jóvenes alumnos. Tomando las palabras sacramentales de un himno heleno, ellos, los heroicos, pueden decir pensando en nuestros libertadores: *somos lo que fuisteis!* y vosotros, los que entráis á la vida, alertas y entusiastas, debéis decir: *seremos lo que sois!*

*
* *

El Gobierno realiza en el Colegio Militar, en pequeño, lo que realizaron en la Prusia Federico Guillermo, el rey sargento que amaba su Ejército como Arpagón su tesoro, y el gran Federico, el rey filósofo que amaba neuróticamente la poesía, haciendo un pueblo que coloca la universidad junto al arsenal, la

estatua de Humboldt junto á la de Blücher, y que representa en la civilización humana una fuerza enorme, porque está formada de libertad en el pensamiento y de disciplina en la acción.

No seremos nosotros, los que ignoramos el manejo de las armas y que sólo sabemos disparar metáforas, los que pronunciamos la agria palabra de la discordia, no; siempre se tenderán hacia vosotros nuestra mano y nuestro corazón, porque todo esfuerzo noble es digno de la fraternidad, porque todo heroísmo es digno de la poesía; pero sabiendo que las razas más cultas se infiltran, trasegando su alma, en las menos cultas; sabiendo que la lucha por la vida debe partir de la escuela que educa; sabiendo que el maestro es el personaje más importante de las sociedades modernas, si reclamaremos siempre que el Estado se preocupe de la instrucción pública tanto como se preocupa del armamento y de la producción de la riqueza. «No remováis, dice Isócrates, una agua pantanosa ni una alma inculta.»

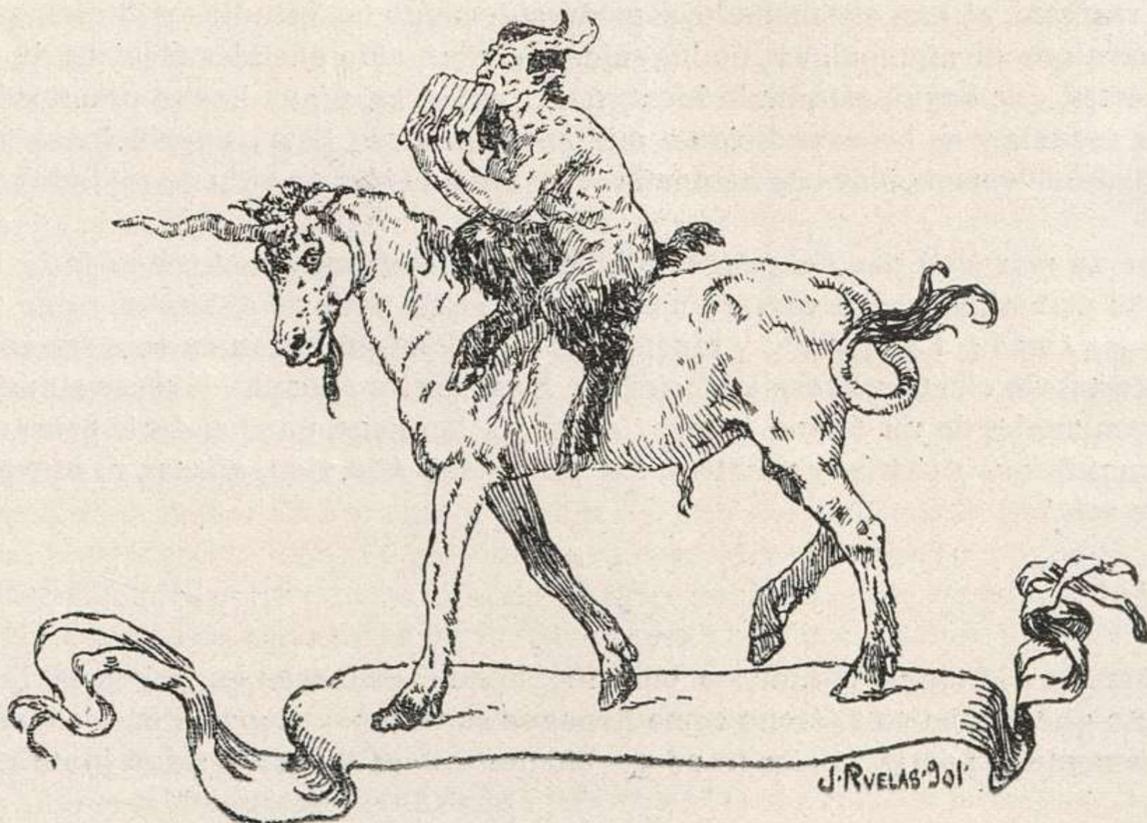
Será verdad que un día todas las patrias se fundirán en una sola patria—la tierra—y todos los pueblos en un solo pueblo—la humanidad?—¡Quién sabe! ¡Ojalá! pero mientras los rencores espíen, mientras las revanchas inciten, mientras las ambiciones codicien, mientras los odios empujen, mientras «el estado de guerra» sea la regla de las relaciones internacionales, debemos estar apercebidos á la defensa y al combate; y aun cuando no realicemos la audaz palabra de Maquiavelo: «se defiende bien á la patria de cualquier manera que se la defienda, sin consideración de lo justo y de lo injusto, de lo humano y de lo inhumano, de lo loable y de lo ignominioso,» claro es que no ha llegado para nosotros el momento de desarmar nuestro patriotismo y de quemar con respeto nuestro estandarte como el símbolo inútil de una deidad muerta. Un hombre á cuyos libros primero, y á cuya palabra después, debo muchas enseñanzas fecundas, el profesor Ernesto Lavisse, escribió estas frases que entregó á nuestras meditaciones: «Jóvenes, es preciso que vuestra generación, cuyo esfuerzo será seguido por el esfuerzo de generaciones sucesivas, prepare la universal adhesión al dogma de la inviolabilidad de las patrias, y del derecho igual de todas á esta inviolabilidad. Difundid esta idea, que las patrias son iguales entre sí, que hay pequeños y grandes territorios, pero no pequeñas y grandes patrias; que cada una de ellas es una obra de la sangre, del corazón, del heroísmo de los hombres, que los hombres deben respetar.»

*
* *

Ahora, venid á recibir vuestras recompensas; y al recibirlas, pensad en vuestra madre, viva siempre aun cuando esté muerta, que os acompaña como la blanca imagen de la bendición; pensad en vuestra prometida, real siempre aun cuando sea soñada, que os brinda las dos cosas más bellas de la vida, la sonrisa y la lágrima; y, os lo aseguro, de esa manera os sentiréis ligeros sobre el mundo con el alma calzada de alas y de esperanzas, el amparo de vuestra bendita bandera: bendita, porque tiene los colores de nuestro clima y de nuestra tierra, la nieve de los volcanes, el Abril de los valles, el fuego de los crepúsculos; bendita porque es blanca como la fe serena que hace divina el alma, verde como la floración perpetua de la esperanza, roja como la pasión y la sangre de los héroes; bendita cuando palpita y cruje sobre el humo de los cañones y la polvareda de los combatientes; bendita cuando se abate, herida y doliente, sobre la majestad de la muerte y las austeridades de la desventura; y bendita una y mil veces cuando se despliega y brilla sobre los clarines triunfales de la diana y las aclamaciones delirantes de la Victoria.

Diciembre 8 de 1901.

JESÚS URUETA.





EL POEMA DE LA LOCURA

POR SANTIAGO ARGÜELLO H.

Sala vieja
y empolvada.
A trechos se encrespa en los muros
el viejo tapiz de la sala.
En los ángulos
la sombra
medita. En sus hebras sutiles,
espía la araña capciosa.
Y un insecto
vuela y chilla
sobre el yerto silencio de un piano
que dormita
mostrando las teclas
como una mandíbula.

VOCES, fuera:

—Ahi va!....
¡Qué gracioso!.... ja.... ja.... ja!....

La araña da reposo á su maraña,
y el insecto se aleja de la araña.

*

LA ARAÑA. EL INSECTO.

LA ARAÑA:

—¿Qué pasa?....

EL INSECTO:

—Que Corpancho suena sus alegrías
con su millar de lenguas y sus dos mil encías.

LA ARAÑA:

—¿Y de qué ríe el graso Corpancho?

EL INSECTO:

—Para rato

tiene ya con los guiños de ese pobre insensato
que habla con los difuntos, como si en los inciertos
abismos entendiera la lengua de los muertos;
que á las cosas les dice palabras misteriosas,
como si fuera dable contestar á las cosas.

Entra en la sala el pobre
demente. La pupila
parece luz clavada
en la gasa polar de la neblina,
en quietud enigmática
como las pensadoras lejanías.
Un ojo telescópico
que más allá de los abismos mira:
flecha de lo insondable,
ojo de pitonisa.
Sobre el andrajo (todos
ven la carne desnuda) hay una fina
clámide extraterrestre.
De las sienas en torno (nadie mira
tal prodigio) una gasa
lunar. La marcha grave y pensativa
de los descubridores.

Detrás, Corpancho, el hombre
de la robusta plétora. La vida
en globulosas ondas va en sus venas;
la Enciclopedia en su cerebro anida,
y en su boca de sabio se oye el eco
de la infalible voz D'Alambertina.

Dichosa faz aneura:
es una agua tranquila
que no se abre en abismos espumantes,
ni es un cielo reflejo su onda riza.

En su boca, opulencia
verbal la frase unida
con otra frase por igual moldeada:
el arca de la rica argentería
del comunismo ideal. Y en el sereno
cristal de la pupila,
como en espejo claro,
quien se asoma, se mira.

Entra riendo. El diente,
blanco y fino. La vista
se le enturbia de lágrimas.
Al suelo el cuerpo trepidando inclina,
y hunde la mano en el hijar.

Corpancho
se atraganta de risa.

*

EL LOCO, CORPANCHO.—(LA ARAÑA Y EL INSECTO se apartan á
un rincón de la sala.)

EL LOCO:

—Soledad hallé!
¡Oh felicidad!
Nunca á Dios hablé
sin la soledad.

En los lóbregos rincones do no se oye voz humana
se alza la hostia en mis iglesias, y repica la campana.

Acércase al piano,
y una débil nota
se queja....

EL LOCO, á Corpancho:

—Retírate!

He llamado, y responden en el convento de las sacras monjas.

CORPANCHO:

—¿Qué vas á hacer?....

Corpancho
Lo asaetea con ojos de ironía

EL LOCO:

—Aguarda.

La frase
del loco es apenas del labio burbujas
que en láminas leves
sus cuerpos hialinos deshacen en suave susurro de espumas.

Y las teclas
suenan rápidas,
y al loco le dicen
ligeras, ligeras, sus ritmos que él oye como unas palabras.
El, oído atento,
fija la mirada,
hasta la pupila
desde el éter baja,
como de oro fluido,
de Jacob la escala;
mientras dice el piano con ligera lengua
el vocabulario de su rica gama.

Y Corpancho ríe,
y en su rostro claro
una docta mueca
le nimba los labios.

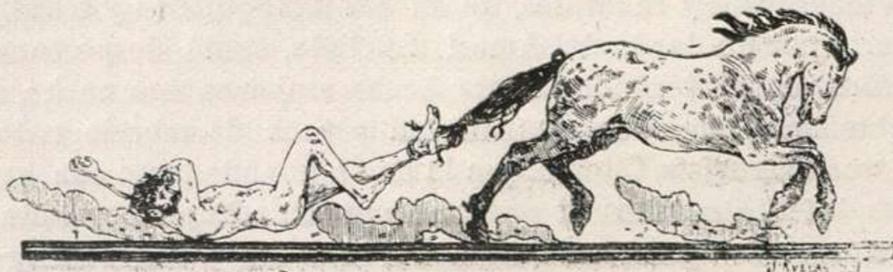
CORPANCHO:

—Y bien?....

EL LOCO:

—Hablé. La escala de las divinas notas
entendí. Del enigma las regiones ignotas
iluminé con luces rítmicas. Tú no sabes
lo que dicen las notas, las armónicas aves
del Espíritu Santo: el Arte. La Harmonía
me ha contado un secreto....

(Continuará.)





J. VELAS 901

EL NOCTURNO EN SOL.

(CHOPIN)



NA yacía moribunda en su lecho de pecadora. La tez de sus brazos era delicada en la apariencia de su pulpa, comparable á los pétalos de las peonías blancas, y descendía en albura lunar hasta sus dedos gráciles cuajados de cintillos: sobre los dedos marchitos, los grumos de iris de las piedras preciosas semejaban gotas de rocío prismadas por el sol en una flor agostada. Ana moría á los veintiocho años, después de haber sido la cortesana más bella y más adorada. Las pasiones que había encendido, abasaron á su paso, como al paso de un arcángel de exterminio, de un Luzbela maldito, juventudes y fortunas, rubores y adolescencias, dignidades y aristocracias, esperanzas y hastíos.

Flor de sensualidad, deleitosa hembra de amor, copa henchida de elixir, escanció su fragancia de vestal venusina en noches blancas, bien por un joyel de crisólitos, bien por un beso! Y del torbellino de placeres en que soñó su juventud indestructible, salía hoy náufraga con un puñado de diamantes por único tesoro, para rescatar sus huesos de ser turbados en el descanso perdurable. La fiebre consumidora que la devoraba, hacía la desear una cripta de kaiserina, un primor de capilla marmórea en la que pudiera dormir para siempre bajo la loggia columnaria de Paros tan frágiles y blancos, cual sus huesos de ave de paso, de ave viajera que emigraba á otros orbes en busca de nuevas primaveras y nuevas juventudes!

Sensual hasta en la muerte, habiase reclinado á morir en un suntuoso lecho de blondas malinesas y antiguos guipures siameses; sus batas de cachemiras bordadas flordelisaban la claudicante belleza mero-vingia de la hermosa; para sus pies nerviosos y desecados había hecho traer crisoelefantinos chapines asiáticos con la punta curva cual proa griega; los brocados y draperías de su lecho tallado en tapincerán, daban la nota señorial en un camarín coqueto alfombrado de blanco y lila, ornamentado con cortinajes diáfanos de matices muertos en que se bosquejaban paisajes de ensueño, ornado con un precioso tocador Imperio sobre el que descansaban primorosidades de Sevres y Saxonias, plafonado por una ninfa desnuda y prisionera en los brazos de un rapaz Amor impúber. El ambiente cargado de ixora nipona, el perfume de Ana, enervaba los sentidos disponiéndolos á la ebriedad de la muerte, de la muerte que llegaba paso á paso, cansada de espigar vidas cual se espigan violas en las mieses doradas del Otoño.

Ana entreabrió de pronto los ojos tenebrosos y radiantes, ojerosa y febril tras breve soñolencia, y fijó su mirada errante en un punto vago, con la expresión de quien despierta á escuchar. Era, en verdad, un prelude que surgía de un piano como un gorjeo de pájaro; un prelude improvisado por una imaginación de artista—Ana escuchaba con deleite—; un prelude que convidaba á oír lo que siguiera á tan fugaz y bello impromptu, y un instante después el nocturno en sol de Chopin, el nocturno eterno, la divinisima reverie doliente hacía flotar hasta los astros su cauda mecedora, su arrullador vaivén de berceuse con que una alma enamorada durmiera á otra alma enferma—es, ciertamente, ese nocturno el que escribió Chopin para arrullar á su bienamada enferma—y desgranaba en la noche estrellada su constelación de notas, semejantes á murmurio de paseres en el intento cromático bordado de terceras y sextas....

Ana escuchaba con deleite, y de súbito, aquel deleite se transformó en dolor: era la página negra de su vida! la flor de su vida! el único amor de su infecunda vida!—Ana tenía entonces dieciseis años, era apasionada y soñadora, y acababa de ser profanada por un veterano libertino que se hizo su esposo con la obsesión de sus ojos tenebrosos y radiantes, de su tez blanquísima y transparente, de su boca semejante á una herida abierta por un dardo del Amor! Iniciada, sintió despertarse en su sangre un fuego extraño que hasta entonces había dormido latente; hecha mujer en una noche, sintió impulsiva repulsión hacia el revelador, y al mismo tiempo una curiosidad precoz de saberlo todo, una ansiedad egoísta é hipócrita de descubrir una entrevista Citerea que la hacía abandonarse con aparente inconciencia á los urores victimarios. Sus descubrimientos la pavorizaban con este pensamiento perversamente hermoso: «¿Qué será sintiendo amor...?»—y caída súbitamente en el fango como una garza real herida en el cenit del cielo, supo fingir amor, supo deleitar y languidecer, sin sentir vibrar una sola fibra de su alma!

Empero, el acaudalado epicureísta bien pronto se hastió de la regia perdiz, como en un tiempo el

galante Rey-Sol; y huyó, reciarío de amor, á tender su red en aguas menos límpidas, pero más proficuas en pesquerías. Ana quedó á merced de la soledad, la gran azuzadora de deseos, y se echó á soñar en algo que saciara su sed despierta precozmente.

Hjalmar Waleski era el llamado á consolar la soledad de Ana. Slavo y artista, de brumosas pupilas azules, de complexión gimnástica bajo la americana abotonada hasta el cuello, pulquérrimo y desaliñado á la vez, pues su barba y cabellos crespos y rubios crecían copiosamente, era el pianista consentido de las mujeres. Vástago errante de Varsovia, habíase ingertado en nuestra América de razas indolentes y pensativas, y al vibrar bajo la presión de sus dedos las cuerdas de un Steinway ó un Blüthner, parecía evocar el espectro de los Cárpathos ante el paisaje de los Andes, parecía que las nivosas estepas polacas surgieran en las sabanas perpetuamente primaverales!

Ana hizo venir al artista á su palacio, y el poema de amor principió el primer día, cuando ella le abandonó sus manos de fluido envolvente para encontrar una posición estética sobre el teclado; una dulce languidez los invadió al contacto de las manos sensuales y purísimas de Ana sobre las manos nerviosas del músico; los dos callaban, turbados, ruborosos, sin osar mirarse, y de pronto sus dedos se engarzaron en brusca acometividad, y sus bocas se buscaron y se prendieron para no separarse sino después de un beso que duró una noche! Al despertar de aquel beso, Ana, que se había quedado dormida á la alborada después de un breve instante, buscó la crespá y rubia cabeza amada sobre el almohadón y no la encontró; pero de pronto una música ardiente, arrulladora, celestialmente triste, el nocturno en sol, acarició su despertar con su queja enamorada... y Ana sintió entonces que amaba á Hjalmar, que lo amaba con la única pasión del alma que podría florecer en su vida predestinada, y lloró raudalosamente...

(El nocturno en sol entraba ahora en su ritornelo idílico y pastoral y glosaba su frase dolorosamente modulativa sobre la séptima menor...)

... y lloró raudalosamente al escuchar el canto bucólico y plañidero que le presagiaba un cruel destino!

Los amantes gozaron plenamente su loca y turbulenta pasión, pues el artista habíase también enamorado de Ana, y sin perturbarse del mañana bebían con avidez la ventura fugaz, la dicha que aprisionada cual ave incauta, no espera sino que se abra la mano que la oprime para tender el vuelo! El abandono de Ana por la vida orgiástica de su esposo, les permitió amarse libremente durante largas noches preciosas, y cuando habían fatigado su organismo en dulces trueques deleitosos, iban al piano Pleyel, gemebundo y vibrátil, y el artista evocaba los espectros de John Field, de Stephen Heller, de Robert Schumann, de Friedrik Chopin, los genios románticos más poderosos que ha tenido el piano, y se embriagaban de música tanto como se habían embriagado de amor!

Pero la música más sentida para el espíritu apasionado de Ana, era la del polaco; ni la del irlandés, ni la del húngaro, ni la del sajón despertaban en ella las sensaciones exquisitas y radiosamente intensas que la música tenebrosamente divina del varsoviano genio, y traducida espasmodiosa y subjetiva por el apasionado Hjalmar, hacía desmayar de felicidad y sufrimiento á la pobre neurótica, flor de sensualidad, deleitosa hembra de amor, copa henchida de elixir que debía ser trasplantada en breve de la invernícula al pudridero!... Una noche dormía en brazos de Hjalmar, bajo la tenue luz rosa del camarín nupcial, en yacente grupo de amor que hiciera soñar en la reina Ginevra y Lanzarote, cuando una estruendosa irrupción los hizo despertar; Ana echó sobre su cuerpo desnudo un peinador y Hjalmar cubrióse con su cafetán de pieles y blandió una daga damasquina, á tiempo que se abrían los cortinajes del portier y entraba el esposo precedido de dos lacayos con candelabros encendidos y seguido de un séquito de amigos en traje de recepción y ebrios todos: venían de un baile en el Club Hípico, expresamente invitados á presenciar un adulterio!...

(El nocturno en sol había vuelto al primer motivo y espasmodiaba hasta el paroxismo su frase inicial modulada con arrebató febril en la esfera aguda del piano...)

Ana y Hjalmar habían retrocedido hasta un ángulo y parecían incrustarse en el muro, helados, rígidos, con los dedos crispados ante la mirada torva y la risa ebria, sarcástica, sardónica, demoniaca del marido ultrajado. Reía en silencio, siniestramente, innoble y cínico ante la afrenta, y sus amigos pasando de la nerviosidad expectante de una esperada tragedia á una comedieta plebeya, reían también con risas sofocadas encontrando grotesco el lance. Hjalmar, indignado, lívido de rabia, transformado súbitamente en vengador de tal ultraje á la dignidad humana, avanzó ceñudo y tenebroso, airado y resuelto á matar!... Ana comprendió que mataría, y rápida se asió á él en constricción ofidia... Pero no hubiera sido necesario: Hjalmar se había detenido petrificado por el asombro de lo increíble: el esposo de Ana reía ya no en silencio, sino con hilaridad creciente que estalló en una carcajada sonora, coreada por una carcajada homérica de los intrusos!

—Sois unos cobardes, miserables, bandidos!... Venid todos contra mí, armados como yo!... Canallas!... Ven tú el primero... tú, el más vil!—rugió Hjalmar.

Las risas decrecían, y en medio de esa risa siniestra como la de las Walkirias...

(El nocturno en sol hacía soñar con sus terceras y sus sextas en una risa desgarradora... despechada... torturante...)

... la voz del libertino degradado, del marido bufo, del truhán abyecto, murmuró trabajosamente:

—Famoso!... Magnífico!... Es un soberbio galán de ópera!... Blande un puñal... y no me mata!... —(Y luego con voz sorda)—... Y no se mata!

Hjalmar sintió una conmoción espantosa. Ah, sí!—El villano tenía razón: entre apuñalear inútilmente

y perder la vida, era esto lo prescrito!... Sin matar, lo llevarían á una prisión y arrastraría á ella á Ana: el testimonio del adulterio estaba flagrante: su vida estaba rota: su muerte salvaría á su amada... debía, pues, morir! Y súbito y centellante, hundióse la daga en el corazón.

Ana estremecióse con mortal espanto al recordar el epílogo del sangriento drama: su expulsión del palacio por el ebrio frenético ante el cadáver del amante, su peregrinación errante en la noche horrenda, y por último, su llegada á un lupanar pidiendo hospitalidad, y su hundimiento vertiginoso en el fango, de donde fuera rescatada más tarde por su hermosura pesada en oro!

....Por la muerte!.... que venía paso á paso, cansada de espigar vidas cual se espigan violas en las mieses doradas del Otoño....

(El nocturno en sol habíase detenido en la frase rota en séptima disminuida, y tras el descanso del calderón, querellábase en un último lamento virgiliano y doliente, plañideramente triste, de una poesía infinita de amor y de muerte, y aquel final gemebundo parecía decir á Ana agonizante: «...yo soy el dolor hecho arte!... la encarnación ideal de una alma demasiado inmensa, demasiado luminosa, incomprendible para organismos deleznales!... soy la muerte hecha música, el amor hecho música, el placer y el hastío hechos música adormidera de sueños imposibles... de ardientes delirios sin nombre!... ven!... ya viviste, gozaste y padeciste!... bebiste hasta las heces el placer de los placeres... amar!... muere!... oh! celestial vampiro de amor!... soñar moribunda es tu suplicio!... soy el mal transfigurado en arte!... y te hiero!... y te fulmino!... y te brindo con crueldad fascinadora el sopor maldito de la muerte!... Ven, ven, deleitosa!... deleitosa!... deleitosa!...»)

RUBÉN M. CAMPOS.

1901.



SAUDADES.

(A la manera de Lope).

¿Do eftays, fieles amigos, novia pura,
Que no habeys conteftado á mis clamores,
Vosotros que sabeys de mis dolores,
Ella que me premió con su ternura?

Cielo azul de la Patria, la ventura
Perdí de contemplar tus efplendores,
Y fin verte fon fúnebres las flores,
El campo trifte, la mañana efcura.

Venid con vueftra voz arrulladora,
Membranzas de mi cuita compañeras
A recordarme el bien que me enamora,

Volved, volved, memorias lifongeras,
Con tan rápido vuelo como agora,
O si quereys con alas más ligeras.

EFREN REBOLLEDO.

Guatemala, Nov. de 1901.





LA CAMPESINA.

W. C. BRYANT.

¡Oh, campesina, bella cual ninguna!
Naciste de los bosques á la sombra;
Tus ojos infantiles vieron sólo
Resplandores de cielo y verdes frondas.

Cuando niña jugaste vagabunda
En las selvas salvajes y boscosas,
Y aún guardas en tu rostro y en tu alma
De aquellas selvas la belleza toda.

Se ve en el claro-oscuro de tus rizos
La sombra de sus árboles y rocas;
Tu paso es como el viento, porque se abre
Camino jugueteón entre las hojas.

Dos fuentes son tus ojos, cuyas aguas
El cielo azul reflejan silenciosas;
Y tus pestañas son como esas hierbas
Que en el arroyo su verdura copian.

La selva virgen por el pie no hollada
No es más pura que tu alma encantadora;
Y de aquellas tranquilas soledades
Allí la paz dulcísima atesoras.

JOAQUÍN D. CASASÚS.

MONTES, VALLES Y ALMAS.

W. C. BRYANT.

Sobre la cumbre del lejano monte,
De nieve nunca hollada, siempre blanco,
Donde todo es silencio y muerte y frío,
Brilla tarde del sol el postrer rayo.

Y allá á lo lejos, bajo aquellas rocas,
Están los valles que esmaltó el verano,
Bosque do habitan pájaros y greyes,
De sombra oscuros, por la niebla opacos.

Así para las almas generosas
De la vida la luz huye temprano;
Mas para las que son duras y frías,
Tardío llega el resplandor de Ocaso.

JOAQUÍN D. CASASÚS.

OH FAIREST OF THE RURAL MAIDS!

Oh fairest of the rural maids!
Thy birth was in the forest shades;
Green boughs, and glimpses of the sky,
Were all that met thy infant eye.

Thy sports, thy wanderings, when a child
Were ever in the sylvan wild;
And all the beauty of the place
Is in thy heart and on thy face.

The twilight of the trees and rocks
Is in the light shade of thy locks;
Thy step is as the wind, that weaves
Its playful way among the leaves.

Thy eyes are springs, in whose serene
And silent waters heaven is seen;
Their lashes are the herbs that look
On their young figures in the brook.

The forest depths, by foot unpressed,
Are not more sinless than thy breast;
The holy peace that fills the air
Of those calm solitudes is there.

W. C. BRYANT.

UPON THE MOUNTAIN'S DISTANT HEAD.

Upon the mountain's distant head,
With trackless snows forever white,
Where all is still, and cold, and dead,
Late shines the day's departing light.

But far below those icy rocks.—
The vales, in summer bloom arrayed,
Woods full of birds, and fields of flocks,
Are dim with mist and dark with shade.

Tis thus, from warm and kindly hearts
And eyes where generous meanings burn,
Earliest the light of life departs,
But lingers with the cold and stern.

W. C. BRYANT.



JUAN RICHEPIN.



ACE pocos meses se ha celebrado en la iglesia de San Sulpicio la unión de Jacques Richepin, hijo del poeta Juan Richepin, con una encantadora actriz, Mlle. Cora Laparcerie. No he asistido á esta ceremonia, que varios diarios han calificado de «sensacional,» y de la que han hecho crónicas muy extensas. Pero me ha complacido, á propósito del matrimonio del hijo, releer la obra del padre, ó, más bien, algunas de sus obras, que me han sorprendido é interesado más vivamente. Me refiero á la *Canción de los míseros*, los *Blasfemos* y el *Mar*.

Lo que hay de inspiración sincera en la *Canción de los míseros*, el poeta nos lo dice él mismo en su prólogo.

«Amo á mis héroes, á mis pobres indigentes, dignos de lástima desde todos los puntos de vista, porque no sólo está hecho harapos su traje, sino también su conciencia. Los amo, no por eso, sino porque he fijado mi mirada en su miseria, introducido mis dedos en sus llagas, *enjugado sus lágrimas sobre sus barbas sucias*, comido de su pan amargo, bebido de su vino que embriaga y que he, si no excusado, al menos explicado su manera extraña de resolver el problema del contrato de la vida, su existencia aventurera en las márgenes de la sociedad, y también su necesidad de olvido, de embriaguez, de alegría, y esos olvidos de todo, esas embriagueces espantosas, ese goce que nosotros consideramos grosero, crapuloso, y que es la alegría, sin embargo, la hermosa alegría de ensueño en floración, de ojos humedecidos, de corazón abierto; la alegría juvenil y humana, *como el sol es siempre el sol, aun en los charcos de fango, aun en los cuajarones de sangre*. Y me gusta también *ese no sé qué, que los hace hermosos, nobles*, ese instinto de bestia salvaje que los arroja á la aventura mala ó siniestra ¡es cierto! pero con una independencia hurraña. ¡Es la maravillosa fábula de la Fontaine sobre el lobo y el perro! Estoy seguro de que la recordaréis.»

El mismo tono de esta declaración nos demuestra que la *Chanson des gueux* (y estoy bien seguro de ello) no es una obra de compasión humanitaria y revolucionaria, al modo de *Los Miserables*, si queréis. Como él pinta á la mayor parte de sus harapiientos completamente innobles, tenemos pocas ganas de enternecernos por ellos. Y el mismo autor no pierde su tiempo en compadecerse. Así, pues, cuando lo hace, suena un poco á falso. Pero no hay que pedirle ni emoción ni piedad: pinta maravillosamente á sus andrajosos y los hace hablar muy bien.

Hay también una parte entera de la *Chanson des gueux* donde entramos sin esfuerzo y hasta con placer, sencillamente por el instinto de rebelión que está en nosotros, muy en el fondo,—desde el pecado original,—como diría un teólogo. Estamos completamente agarrotados por las leyes, las conveniencias sociales, los prejuicios; la visión de hombres que persisten en vivir en la sociedad como fieras en un bosque, nos causa un asombro en que se desliza una vaga envidia. La misma baja crápula tiene un sabor de rebelión; es el regreso á la vida animal, en seres que la habían sobrepasado; esta vida no es, pues, ya inocente y sin significación como en las bestias: se mezcla á ello el goce de una perversidad y de una protesta contra el orden pretendido del universo.

Agréguese que, considerada por el exterior y con la mirada de un pintor, la vida de los míseros tiene mucho de relieve y de color, sea porque es excepción y forma contraste con la vida de la sociedad regular, sea porque aun siendo libre y desprendida de convenciones, todo es allí por lo mismo más expresivo. Obsérvese, por otra parte, que lo que es sobre todo pintoresco, es la vida de arriba y la de abajo, la vida concebida como una visión de Veronese ó como una visión de Callot.

La fuerte cultura clásica de M. Richepin ha podido contribuir ella misma á desarrollar su pasión por la vida irregular é insurrecta. ¿Es cierto que algunos de los padres de nuestra literatura han sido, por los siglos XV, XVI y XVII, bohemios completos?

«¡Pillo! ¡truhán!» dice M. Richepin á Villon, y Villon, tengo miedo, podría responder: «El señor conoce bien todos mis nombres» Bohemio, Rabelais, á creer en su leyenda; bohemio, Regnier; se sabe cómo vivió y á dónde concurría su musa. En tiempo de Luis XIII y aun en tiempo de Luis XIV, los antros sagrados del Parnaso francés son tabernas semejantes á la en que Gautier conduce á Jacquemin Lampoude, donde se embozan con la capa esos *gueux* (harapiientos) soberbios que se llaman Théophile de Viaud,

Cyrano de Bergerac y Saint-Arnaud. M. Jean Richepin continúa en nuestro siglo las tradiciones de esos refractarios. Y muy evidentemente, no ha tenido que esforzarse para esto, pues su genio natural tiene mucho de ellas, especialmente de François Villón y de Mathurin Regnier.

Por esto encontraréis una sinceridad, una espontaneidad muy suficiente en la mayor parte de la *Chanson des gueux*. Los «gueux de los campos» dicen adorables canciones. *La odisea de un vagabundo* tiene grandeza y gracia entre su brutalidad. El poeta mezcla la buena naturaleza á la vida de sus *gueux*, que toman así aires de faunos tanto como de mendigos.

Para el *gueux* de París, hay que distinguir. Después de habérmolo descrito muy brillantemente M. Richepin, nos señala una bandada de aves viajeras que pasan muy alto sobre la cabeza de las gallinas, de los patos y de los pavos. Estos volátiles son los burgueses; esas aves de paso son los *gueux*. Los volátiles se agitan y el poeta los interpela:

Qu'est-ce que vous avez, bourgeois? Soyez donc calmes! . . .
 Regardez-les passer. Eux, ce sont les sauvages
 Ils vont où le désir le veut par dessus monts
 Et bois et mers et vents, et loin des esclavages:
 L'air qu'ils boivent ferait éclater vos poumons. . . .
 Ils sont maigres, meurtris, làs, harassés: qu'importe!
 Là haut chante pour eux un mystère profond.

Cuando M. Richepin nos presenta *gueux* que responden más ó menos á esta definición de buenos *gueux*, de buenos bohemios de letras, está bien; podemos interesarnos por sus «alegrías», por sus «tristezas» y por sus «glorias.» Pero ¿canta un misterio profundo allá arriba para los *arsonillés* y los *benoits?* (la hez del pueblo, en la jerga popular).

Tenemos sobre este punto, las dudas más serias.

Que M. Richepin los bosqueja aquí y allí ¡pase! puesto que son pintorescos después de todo.

Pero he aquí dónde comienza el artificio puro, el ejercicio de retórica insurrecta, si queréis; pero retórica. El poeta afecta entrar en su piel, que es una piel sucia, y habla su jerga, que es una lengua infame, cuyas palabras apestan y contorsionan, cuyas sílabas tienen arrastres grasientos y hacen ruidos de glu glu.

La *Marsellesa des Benoits, Dab, Dos, Doche* ¡y cuántos otros! son como trozos de versos latinos hechos con el *gradus* de la Caja Negra, del Pere Lourette, de *gradus ad guillotina*. Es divertido aún; pero, de todos modos, hay demasiado, y á cada edición, el poeta agrega más. Esta complacencia y este detenimiento en tales recreos literarios son de un *virtuoso* algo pueril.

El *virtuoso* (el ejecutante) se ostenta cada vez más en la obra de Richepin. Será el *virtuoso* del ateísmo desnudo, del materialismo crudo, y ese prestigioso versificador será cada vez más como ese personaje de *Labojois*, que, si conociera una palabra más sucia que «cochino» la emplearía con gusto. Su retórica grosera y pseudovillanesca triunfa de un modo horrorífico en los *Blasfemos*. Allí me parece bien que ni aun se encuentra la sombra del sentimiento sincero, á no ser la misma necesidad de sorprender y de escandalizar, y un pueril instinto de rebelión, por nada, por gusto. No conozco obra más extraña, más falsa, ni más fría. ¡Qué singular idea la de venir á hacernos, actualmente, un poema ateo, en seis ó siete mil versos!

Esos *Blasfemos* ¿á quién se dirigen? ¿A qué riman? ¿Estamos tan infectados de espíritu religioso? ¡Bueno está ese retórico con mala embocadura, que pretende libertar nuestras inteligencias! ¿Cómo no ha conocido lo que hay en sus negaciones de grosero, de rudimentario, de infantil, de retrasado, de excedido por el espíritu moderno? Nada de Dios, nada de moral, ni aun de leyes físicas: todo está gobernado por el azar; la misma razón, la naturaleza y el progreso son ídolos que hay que derribar como los otros. Conclusión: comamos, bebamos y no pensemos en nada. Nos desarrolla esto con una alegría y una altanería sin iguales. ¡No hay por qué! ¡Hermoso descubrimiento! ¿Se figura él haber explicado todo, suprimiéndolo todo? ¡Abominables supresiones! ¡De qué sentimientos exquisitos nos despoja el poeta! Ya no más fe, no más esperanza, no más caridad, no más virtud, no más ensueños, no más ilusiones, no más quimeras. ¡Qué triste mundo nos hace M. Richepin! No hablo aquí en nombre de ninguna moral, ni de ninguna religión. No me ocupo de la verdad, no me ocupo sino de la belleza de la vida. Las negaciones de M. Richepin son más ineptas que todas las afirmaciones.

Me avergüenzo al ver un poeta lírico pensar como un antideísta de las Batignolles.

¿Quién no cree, pues, en Dios? ¡Hay tantos modos de creer! Si no se cree como el carbonario, se cree como Kant; si no se cree como Kant, se cree como M. Renan, ó hasta como Darwin ó como Herbert Spencer. No creer en Dios, es negar el misterio de la vida y del universo y el misterio de los instintos imperiosos que nos hacen colocar el objeto de la vida fuera de nosotros mismos y más arriba. Es negar el placer que nos causa esa cosa insensata que es la virtud; es negar el estremecimiento que se apodera de nosotros delante del «silencio eterno de los espacios infinitos,» ó el hinchamiento del corazón en las noches otoñales, y la languidez de los deseos indeterminados; es declarar que todo en nuestro destino y en las cosas es claro como agua de roca, y que no tiene nada, pero nada absolutamente que explicar. Eso es estúpido. Pero ¡Dios me perdone! iba á indignarme. Me olvidaba de que los *Blasfemos* no son sino un juego de rimador. Era imposible tratar con menos seriedad un asunto más grave. Casi á cada página, cuan-

do uno está á punto de creer al poeta arrastrado por un sentimiento verdadero, una palabra sucia os salpica, ó una chuscada lúgubre que os anuncia que el poeta se divierte. Trata á cada instante á la naturaleza de prostituta y peor aún, y desarrolla en imágenes innobles el contenido de estas palabras. Y no se da cuenta él, el matón de dioses, que mientras simboliza tan suciamente la naturaleza y le dirige discursos, obedece al eterno instinto que ha creado á los dioses. Esos dioses, en los cuales no cree, los injuria continuamente, por una convención de retórica verdaderamente demasiado prolongada. Es mucho conversar con una pura nada. Cincuenta ó sesenta veces les grita: «¡Esperad un poco, miserables! ¡pícaros! ¡Os voy á comer la nariz y á destriparos!» Y estira sus músculos, y ofrece á los dioses el traje humano. Es el Arpín del ateísmo.

Esto no me impide admirar mucho á los *Blasfemos*. Este libro absurdo es soberbiamente entretenido, excepto en el final. Y la *Canción de la sangre* es «leyenda de los siglos» en compendio, donde cada glóbulo de su sangre, legado al poeta por sus antepasados, canta su canción en sus venas, está muy cerca de ser una obra maestra.

Hay mucha más sinceridad en *El Mar*. Me parece que es, con la *Canción de los harapientos*, el mejor libro de M. Richepin. Los marineros, esos *gueux* del mar, están glorificados allí por alguien que los ha visto de cerca y que los ama; y nos cuesta menos trabajo amarlos que á los «*gueux* de París» ó hasta á los «*gueux* del campo.» Los *Tres marineros de Groise* y el *Juramento* son hermosos poemas, iguales por lo menos á los *Pauvres gens*, y en el que entra más humanidad de la que M. Richepin emplea comunmente en sus rimas. Los *marineros* son tan francos y hermosos como si no fuera obra de un literato. No podría reprocharse á los *marineros* sino contornos demasiado persistentes á veces con la tenacidad superflua y la inútil suciedad habitual en el poeta. Saboreo el esfuerzo de los poemas cosmogónicos del fin: la *sal*, la *gloria del agua*, la *muerte del mar*. ¿Qué falta en ellos? No lo sé; una insignificancia. Se quisiera más sencillez, se conoce demasiado que, en el pensamiento mismo del autor, son sobre todo «trozos» difíciles, *tours de force* de poesía lírico-científica. Esos poemas tienen el error de hacer pensar en M. Camille Flammarion tanto como en Lucrecio.

Con todo esto, no conozco ningún poeta capaz, en el momento en que estamos, de semejantes arranques de versos alejandrinos y otros. M. Richepin tiene (sobre todo en sus versos muy superiores á su prosa) la sonoridad, la plenitud, el color franco, el dibujo preciso, una lengua excelente, verdaderamente clásica por la calidad; y es el último de nuestros poetas que tenga, cuando él quiere, el aliento, la amplitud, la gran ola lírica. Es el único que, después de Lamartine y de Víctor Hugo, haya compuesto odas dignas de este nombre y que no haya perdido aliento antes del fin.

JULES LEMAITRE,
De la Academia Francesa.

PARA EL ALBUM DE ISABEL SANCHEZ DE CORONA.

(NIETA DEL BENEMERITO JUAREZ).

Si hay hogares libres y felices
bajo el dosel azul de nuestro cielo,
se le debe á aquel héroe legendario
que, inquebrantable y santamente terco,
venció á propios y extraños enemigos
en Veracruz, en Puebla y en Querétaro.

Mexicano y poeta, en ningún álbum
como en éste en que brilla su abolengo,
pues que corre su sangre por tus venas,
pues que esplende en tus ojos su talento,
podría yo, con tan sincero orgullo,
dejar—flores anémicas—mis versos.

Que estas flores, llevadas por tu mano,
vayan hasta el altar de su recuerdo,
mientras le pido á Dios que sea el tuyo
—en premio á tus virtudes y á su genio—
el más feliz de los hogares libres,
que cobija la sombra de tu abuelo.

MANUEL PUGA Y ACAL.

México, Diciembre de 1901.



EN EL POZO.

(DE LA LECTURA, DE MADRID).

Por el boquete irregular salía una claridad rojiza y algo como una bruma sucia y mal oliente. El descanso dominical no había pasado del noveno piso. Allí ya no había tiempo, como no había día ni noche. La contrata no tiene religión; no tiene entrañas.

Allá á lo lejos, en la invisible encrucijada, se movía una luz. «¡Pegao está, pegao está!»

—Ahora verás, Mariquilla. Agárrate al primer lapo que tientes, encógete, y no tengas miedo; que todo esto no es más que ruido y más ruido, y...

Una detonación espantosa les cortó el habla.—¡Ahora sí que todo esto se viene encima!—pensaba la *Relimpia*, estremecida de pavor y temblando lo mismo que toda la masa de mineral.

—¿Ves? Esta es la musiquita que por aquí gastamos. Vaya, *Relimpia*, échate un trago, y afuera e! susto. Nosotros ya tenemos las orejas hechas á ésta barbaridad.

—Oíd lo que os digo: como soy hija de mi madre y á Dios tengo de dar cuenta de mi persona, que ésta es la primera y la última vez que piso estos andurriales: ¿Lo habéis oído? ¡La primera y la última

—No lo digas muy alto,—dijo Pedro alumbrando con el candil la cara de su mujer.

—¿Por qué? Lo digo. ¡Así Dios me oiga!

—Pues por eso. Porque puede oírte.

Del fondo de aquella galería llena de sombras, salió la voz lejana de algún minero que acompañaba sus tristes pasos con la clásica copla de aquellas siniestras profundidades:

«¡Pobrecitos los mineros,
qué desgraciaitos son!»

.....

VII

Lo de bajar al pozo fué ya el remate de la locura, según la *Relimpia*. Aquellos hombrones, enva-lentonados con su presencia, querían que lo conociese todo, que admirase el desdén que ellos hacían de los peligros. Y no hubo más remedio que bajar allí donde ellos trabajaban, de donde sacaban aquel pan negro y jugoso que á todos mantenía.

No quisieron que los trabajadores á quienes venían á relevar, cargasen los barrenos. Esa hubiera sido la imprudencia mayor.

Y hecha la gran lazada minera, recogidas bien las enaguas, Mariquita bajó por aquel tubo de mineral, pausadamente, como en un columpio, sin miedo ya, porque la voluptuosidad del espanto, del peligro afrontado, la envolvía en esa mansa atmósfera que á veces necesitan las almas.

Al llegar al fondo, Pedro la recogió en sus brazos. Un instante sintieron uno el corazón del otro golpeando sordamente, con anhelos distintos.....

—¡Qué cosa más horrible es un pozo! Aquí no se respira.

—Pues yo, óyelo bien, Mariquilla: yo, con tal que estuviéramos solos, querría vivir en un pozo: en éste, en cualquiera..... Ahora, vivos; después, muertos. Pero que nuestros huesos se juntaran, se re-fregaran, aunque las piedras todas que hay en el mundo las echasen encima.

—¡Jesús, qué bruto! Buena cosa quieres.

—Eh, quitarse del medio, que allá va este cura,—voceó Pablo que bajaba rápidamente.

Pedro miró á su mujer en los ojos y la soltó como una cosa que se abandona, que se ha perdido para siempre.

El muchacho del torno fué echando en el esportón las cosas que le pedían de abajo.

—¡Cuidado con la bota! Ponla bien. Apriétale el taponcillo.

Comieron y bebieron en aquel redondel en que los tres habían apenas. Los candilones enganchados en la roca alumbraban el banquete con sus llamas apestosas y rojizas. El áspero sabor de mineral quitaba el gusto propio á la comida, y la tristeza que salía de la piedra é inundaba el pozo, parecía pesarles en el ánimo como si fuese aquella montera enorme de mineral que se alzaba sobre sus cabezas.

Los agujeros de los barrenos dispuestos para la carga, parecían dos ojos redondos, inmóviles, que les miraban con espanto.

—¡Mira que esto es triste! ¡Vaya si es triste! Bien podíamos haber comido allá arriba, teniendo por cobertor el cielo y por candil el sol. Que me den sol, que me den aire, y con eso sólo vivo.

—Cállate, *Relimpia*, que esto también tiene sus cosas. Si estuviera *Lagarto*, ese te las diría. No sale de aquí ni á tiros.

—Ya lo ha dicho Pedro: es un cochino embustero.

—No, no—dijo Pedro.—Es un hombre cabal. Sólo que..... sólo que es como la pirita rica: es duro y pesado, y cuando cae encima hace mucho daño.

Pablo y Mariquita se encogieron de hombros. No les importaba nada que *Lagarto* fuese embustero ó cabal.

—Bueno: á recoger, y en seguida á cargar.

—Antes tenéis que subirme. No quiero ver eso.

—¡Eh, allá va la merienda, chacho! Echa las cápsulas.

El esportón funcionó breve espacio, subió y bajó aceleradamente, y en un tanto que la mujer miraba con cierto vago espanto no exento de curiosidad, los hombres cargaron sus barrenos, serenos y fríos como artilleros que disponen las piezas para entrar en combate.

—Ya están. Esta mecha no se corre.

—¿Quién sube?

—Sube tú, Pedro. En cuanto ésta esté arriba, *pego*, y de dos tironazos me planto en el torno.

La *Relimpia* vió á su marido subir con la lazada en el muslo y el candilón en la mano: á medida que ascendía se iba empequeñeciendo, cambiando de forma; aquello ya no parecía un hombre: era una cosa que llevaba una llama, un resplandor rojizo, que se tragó al fin aquel agujero lleno de sombras.

Descendió la cuerda ondulante, como un reptil gris que se desenrosca en la obscuridad; Pablo hizo la lazada en que aseguró á la *Relimpia*; y como oyese gemir el torno allá arriba, súbito puso el candil en las mechas, y metiendo la punta del pie en la lazada, agarróse de un salto, asegurando con su brazo derecho la espalda de la *Relimpia* y con la otra mano columpiando el candil.

—¡Hala, que está pegao!

Movióse el torno al empuje de los dos hombres invisibles que allá arriba estiraban los brazos; la cuerda se puso tensa, y de pronto los elevó pausadamente por aquel tubo espantoso, de paredes irregulares en que brillaban como regueros de oro las vetas de azufre, y como esmalte azul las manchas de sulfato.

Pablo se reía al ver á la *Relimpia* acongojada.

—Descuida, que hay tiempo para todo: para subir y bajar y volver á subir.... —Y con esa alegría negra del trabajo subterráneo, rompió á cantar la copla clásica, que subía como un gemido del mineral profanado:

«¡Pobrecitos los mineros,
qué desgraciatos son!»

.....

Ya estaban bien altos cuando Pedro paró el torno para limpiarse de una manotada el sudor que le escocía en los ojos. Miró por encima del cilindro, y vió el grupo colgante. Pablo, abrazado á su mujer, columpiando la llama, erguido y con un pie en el aire como esos arrogantes angelotes que sostienen lámparas en los retablos; ella confiada, gozosa en aquel abrazo recibido delante del peligro, en las entrañas de la madre tierra.....

Y la nube ensangrentada que cegó á Pedro la noche de la confidencia cruel, de la puñalada mortal con que le partió el corazón la lengua de *Lagarto*, volvió á cegarle allí, en aquel supremo instante en que le pareció que el pozo ardía, fundiéndose en una espantosa llama policroma y voraz que purificaba al mundo.

El muchacho del torno, aterrado por aquella parada incomprensible, tendió los brazos para mover el cilindro arrollador; mas éste siguió inmóvil, sujeto por los brazos de Pedro, que seguía mirando hacia abajo con la nariz dilatada, los labios grises y los ojos entreabiertos bajo un frío torrente de sudor sucio.....

Al fin los de abajo se alarmaron.—¿Pasa algo?

Y respondiendo á esa pregunta, bajó un rugido siniestro, como una condena de muerte:

—¡Perra!.... ¡Perra! ¡Mal amigo!

Dos gritos de pavora mortal, de atroz angustia, subieron en súbita explosión del instinto de vida Aquéllos, que juntos parecían un racimo fresco de juventud y de amor, habían visto todo su drama como á la luz de un relámpago.

Abajo corría la muerte por la mecha de pólvora, inevitable, segura, veloz como el pensamiento: arriba se cernía la muerte en la voluntad justiciera del hombre ofendido, del amigo ultrajado..... y ellos estaban allí, pendientes, suspendidos entre los dos abismos espantosos; en la misma eternidad, insondable y obscura.

El asombro no dió lugar á la súplica: el candil de pablo cayó al fondo del pozo, rojizo como la llama de una vida que se hunde en lo eterno.....

Crujió la bóveda; se estremeció la galería; del pozo salió un huracán de aire, de estruendo, de gases, de polvo cobrizo.....

Los del torno cayeron de espaldas. Una negrura densa envolvió aquel sitio, que aún vibraba con el sonoro estremecimiento de la explosión, ¡quizá, también, con lo espantoso de la tragedia!

José NOGALES.